

ROSA REGÁS

El placer de la lectura en el Quijote

19 DE ENERO DE 2006

ROSA REGÁS

LICENCIADA EN FILOSOFÍA Y LETRAS POR LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA, SU CIUDAD NATAL.

FUNDADORA DE LA EDITORIAL LA GAYA CIENCIA Y DE LAS REVISTAS *ARQUITECTURA BIS* Y *CUADERNOS DE LA GAYA CIENCIA* DE LAS CUALES FUE TAMBIÉN DIRECTORA.

EJERCIÓ COMO TRADUCTORA DE LA ONU EN GINEBRA, NUEVA YORK, NAIROBI, WASHINGTON Y PARÍS.

FUE DIRECTORA DEL ATENEO AMERICANO DE LA CASA DE AMÉRICA DE MADRID.

FUE DIRECTORA GENERAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

SU OBRA LITERARIA FUE GALARDONADA CON IMPORTANTES PREMIOS: PREMIO NADAL DE NOVELA, 50^a ANIVERSARIO; PREMIO DE PERIODISMO CADAQUÉS; PREMIO CIUDAD DE BARCELONA DE NOVELA EN CASTELLANO; PREMIO PLANETA, 50^a ANIVERSARIO.

HA FORMADO PARTE DE LOS JURADOS DE LOS PREMIOS: PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE ARTES Y LETRAS; PREMIO DE NOVELA CAFÉ GIJÓN; PREMIO NADAL DE NOVELA; PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA ALFAGUARA; PREMIO ORTEGA Y GASSET DE PERIODISMO.



Mi charla se basa hoy en la lectura de Don Quijote y en ciertas referencias a la vida de Don Quijote y en lo que nos ha sugerido su lectura.

El héroe de nuestro tiempo, de todos los tiempos, Don Quijote de la Mancha, vivió el año de 2005 una efemérides que lo acerca todavía más a los lectores de este principio de siglo y que se une a la celebración del año dedicado también al fomento de la lectura y a las anuales celebraciones.

En cualquier ciudad o pueblo, y de la mano de instituciones, universidades, centros culturales, bibliotecas y escuelas, se ha celebrado la aparición de la primera edición en Madrid de las aventuras y desventuras de quien ha sido coreado y amado por los que creen en las excelencias de la imaginación y la fantasía y por los que estamos convencidos de que la vida, igual que la literatura, se hace todos los días y de todas las formas posibles en las que intervienen nuestra inteligencia y nuestras emociones. Y si fuera cierto lo que deseamos, que todos aquellos a quienes llega el halo de imaginación, locura y sensatez que emana del Quijote, y que tienen al alcance de la mano los elementos necesarios para disfrutar de su lectura, han comenzado a leer o a releer el Quijote, podríamos afirmar sin lugar a dudas que éste sería el bien más excelso que podrían dejarnos las múltiples celebraciones a las que estamos asistiendo desde hace mucho tiempo y de una manera muy especial en el año 2005, el año del cuarto centenario.

Porque nada es más fácil que poner de manifiesto las ventajas de la lectura sobre la ausencia de lectura, la benéfica influencia que tiene sobre todos nosotros y, sobre todo, el placer que nos proporciona. Y mucho más si cabe cuando se trata de la lectura de las aventuras de don Quijote. Leer las páginas que escribió Cervantes es ante todo un ejercicio de la mente que la mueve, la revoluciona y la desarrolla, siempre produciendo esa inquietud que asoma cuando nos acercamos a otras voces y otros

ámbitos, en una palabra, cuando accedemos a otros mundos distintos del que nos envuelve y nos protege. Leer, bien lo sabemos, acelera el ritmo de nuestra inteligencia, la fortalece y la enriquece, del mismo modo que caminar fortalece los músculos de las piernas y nos hace más ágiles. Pero además, esa misma inteligencia va adquiriendo con la lectura tal confianza en sí misma que, al poner a debatir su propio parecer con los pareceres múltiples que le ofrece la lectura, adquiere su propio criterio frente a todos los acontecimientos que la vida nos ofrece. Es en buena parte gracias a la lectura que la inteligencia deja de ser susceptible de ser manipulada, al menos en gran parte, y comienza y afianza su propio camino hacia la libertad.

Además, la lectura nos convierte en creadores. El texto que leemos pasa inevitablemente por nuestra experiencia, nuestra imaginación y nuestra fantasía, gracias a las cuales somos capaces de interpretarlo y de hacerlo nuestro, de tal modo que el resultado de la novela, del relato o incluso del ensayo que hemos recibido lo recreamos en función de nuestra propia interpretación. Es ahí donde reside la grandeza de la creación: todo el que bebe de ella no sólo participa de la creación del autor sino que a partir de ella crea su propia historia.

El Quijote nos da múltiples pruebas de ello. A lo largo de estos cuatro siglos cientos de artistas han bebido de su historia para crear a su vez otros mundos de ficción en los que habrán volcado su interpretación de los personajes y de los paisajes y de los conflictos, para lo cual habrán utilizado los elementos que constituyen su propia personalidad, su biografía: la memoria, la experiencia, la forma de entender el mundo y los miedos, angustias y ternuras de su propia historia.

Músicos, pintores, escultores, cineastas, místicos, poetas, filósofos, investigadores. Cada cual con su propio Quijote a cuestas, como hemos podido comprobar en las magníficas conferencias que hemos oído este año y las exposiciones sobre los itinerarios del Quijote, sobre el territorio del Quijote, sobre los mapas del Quijote, los libros, los animales de su paisaje y tantos otros. Como si en la visión que contiene la de todos y cada uno de nosotros estuviera la verdad total y definitiva de El Quijote.

Pero volvamos a la lectura: sumergirse en la lectura, sea de ficción o de opinión o de investigación, proporciona uno de los grandes placeres para los que, todo parece indicar, hemos venido al mundo, ya que para ello disponemos de las herramientas necesarias. Ciertamente es que esas herramientas hay que utilizarlas, de otro modo ni hay lectura ni hay placer. De ahí que la lectura, siendo un placer, sea uno de los placeres activos que exigen nuestra colaboración, en contraposición con los placeres pasivos que nos ofrecen tantos ocios conocidos hoy, en los que, por decirlo así, casi no participan las facultades del alma y no tienen más exigencia que, es un decir, ese leve movimiento de la mano para ir cambiando de canal.

Leer, ya lo sabemos, es viajar, es conocer otros mundos que viven como nosotros en el planeta, pero también es conocer otros ámbitos de pensamiento tan válidos como los nuestros. Leer es sumergirse en la vida de otros personajes, es detestar y

amar y comparar, es sentir complicidad con el pensamiento de un ser que nunca conocimos o tal vez nunca conoceremos o disentir de otro entendiendo los elementos que nos separan de él. Leer es tener muchas vidas, es abrirnos mil posibilidades, es tener la opción de conocer y de reconocer el pasado y el presente, y —¿para qué negarlo?— es un camino que, pasando por las aventuras y los desmanes de nuestros héroes, nos conduce inevitablemente al centro mismo de nuestro propio yo: conocerse al fin, saberse, aceptarse y por lo mismo aceptar a los demás.

Estoy convencida de que leer es un antídoto contra cualquier concepción del mundo excluyente y fundamentalista, y un revulsivo contra la violencia, la personal y la de las ciegas violencias que en nombre de dios o de la patria, quienquiera que sean, tiñen hoy de oprobio y vergüenza buena parte del planeta y de sus habitantes.

Pero si la celebración del Cuarto Centenario de la publicación del Quijote llena de orgullo y entusiasmo a todos los lectores del mundo, cuánto más lo hará, y de qué forma más apasionada, a todos los que hablamos y nos entendemos en español, no tanto por mérito propio, cuanto por una concatenación de oscuros designios de la naturaleza.

Dice Carlos Fuentes que todos los que hablamos, escribimos o pensamos en español, desde la Patagonia a los campos de refugiados saharauis y las islas mediterráneas donde moran los sefardíes, desde los altos de la cordillera andina hasta las costas del Pacífico, del Atlántico o del Mediterráneo, desde las profundidades de la selva tropical americana hasta las modernas ciudades de España y América, desde los desiertos de Nuevo México o Texas hasta las avenidas y calles de Nueva York, desde los suburbios de las urbes de los cinco continentes donde acuden emigrantes españoles y americanos en busca de pan y trabajo hasta las oficinas, los jets o los blandros de los poderosos hispanos de las dos orillas que recorren el mundo para incrementar sus fortunas y su ocio, todos los que hablamos y pensamos en español, todos nosotros, pertenecemos al territorio único de la Mancha. Un territorio que no tiene más fronteras que las que marcan las propias melodías y la forma de cantar de sus habitantes, y que se agranda y desarrolla de generación en generación. Un territorio que Cervantes colocó en el centro de nuestra lengua para que se extendiera y con los años y con los siglos fuera atesorando toda la tradición y la historia que encontrara a su paso, toda la experiencia y la riqueza que hubiera acumulado con su devenir. La Mancha, Mancha manchada, mancha mestiza de reyes y de esclavos, de godos y de sarracenos, de pastores, escribas, guerreros y monjes, que así ha llegado a lo largo de su historia a las tierras de América, que la han enriquecido con sus propios y variados mestizajes y con sus distintos cantos y acentos, con su tradición y con la novedad de sus productos y sus vocablos.

A mí, que tan poco amante soy del significado exclusivo y excluyente que en estos tiempos se está dando a las palabras nación, nacionalidad, nacionalismo e incluso patria, y de las funestas y empobrecedoras consecuencias que acarrea para la soli-

daridad de los pueblos, me complace pertenecer, en buena medida por propia voluntad, a ese territorio de la Mancha, edificado sobre la cultura y el arte, que nunca acabará de sorprenderme y de mostrarme sus secretos.

No soy experta en *Don Quijote de la Mancha*, ni erudita, lingüista, filóloga, historiadora o crítica, y ni siquiera he sido jamás profesora de literatura, lo que me habría permitido, a partir de mis conocimientos, investigaciones y lecturas, preparar un texto que aportara una visión distinta a todas las ya existentes, cargada de originalidad y de novedad.

Es cierto que he pasado la vida entre libros, mi vida dedicada a los libros. Tuve una infancia en que no había más diversión que los libros para descansar del estudio de los libros. He sido durante años editora apasionada y traductora igualmente apasionada. Y soy escritora cada vez que descubro un lugar libre en mi mente que no esté ocupado por un proyecto o una emoción incontrolable. Y ahora vivo rodeada de los tesoros bibliográficos más cotizados de mi país para cumplir el mandato de custodiarlos, de documentarlos, de conservarlos y de ponerlos –como patrimonio que son de los ciudadanos– a su disposición.

Pero no puedo pretender en esta conferencia transmitirles, como han hecho mis colegas, un conocimiento científico, porque mis palabras parten de mi propia lectura y creación del Quijote, no de su estudio. Si acaso pues, el conocimiento que yo les transmita –y ya con ello me daría por satisfecha– se moverá en los estrictos límites del conocimiento poético.

El sentir general da por buena la afirmación de que si no se es un experto o un erudito en *Don Quijote de la Mancha*, como es mi caso, lo único que se hace es repetir lo que los expertos dijeron después de haber estudiado las páginas del libro en sus más nimios y recónditos detalles, tras haber hecho todas las investigaciones, haber buscado todos los orígenes y haberle atribuido a Cervantes las influencias recibidas y las que él mismo dejó como una estela en las generaciones literarias que le sucedieron.

Tal vez lo único que cabría en mi caso, de pretender emular a los sabios investigadores, sería repetir voces oídas enumerando las extraordinarias cualidades de la obra, ensalzando la riqueza expresiva de su prosa, su variedad sintáctica y añadir una vez más que con ella el español llegó y se mantiene aún en el punto álgido de su desarrollo.

Pero en contra de esa opinión yo no creo que exista nada de lo que se haya dicho todo, al contrario, estoy convencida de que cada pensamiento, cada obra de arte, al margen de su calidad, es distinta de todas las anteriores, y tengo la profunda convicción de que la creación de la mente es de tal envergadura y tan vivificante que siempre deja un resquicio para que sobre ella inventemos, fantaseemos y elaboremos. Es más, creo de verdad que de alguna manera la obra de creación es tanto de quien la crea como de quien la lee, la observa, la oye, en definitiva, de quien la recibe y la recrea.

Cervantes, que como todo artista escribía para que lo leyeran, del mismo modo que un pintor pinta para que alguien vea sus cuadros o un actor actúa para un público, nunca podría haber imaginado lo que a un lector del siglo XXI le ha sugerido su *Don Quijote*, qué conclusiones ha sacado, cómo ve esa réplica a los libros de caballerías, y cómo los lectores entendieron el mágico ámbito de la imaginación de *Don Quijote* cuando tenía aún reciente la influencia que produjeron y las pasiones que desataron los libros de caballerías.

Ni siquiera podría prever que tantos siglos después se siguiera leyendo y releendo, desde un mundo que ni en el peor o mejor de los sueños habría sido capaz de inventar, del mismo modo que nosotros, sean cuáles sean las ficciones que nos muestren un futuro en el que ya no estaremos, tampoco podemos entrever lo que será el mundo en el año 2.500. Quiere esto decir que toda esa parte de la creación que se ha ido produciendo en las mentes de los lectores del *Quijote* en estos cuatro siglos se independiza de su autor, ya no le pertenece. Dicho de otro modo, ha sido posible gracias a él, pero al margen de él.

Por esto, sea cual sea mi visión, quiero creer que ha de ser por lo menos distinta de las demás, porque en ella está mi experiencia, mi sensibilidad y de alguna manera mi historia, en forma de expectativas, esperanzas, distorsiones y avenencias.

No recuerdo la edad que tenía cuando leí *Don Quijote de la Mancha* por primera vez pero no debía de haber cumplido aún los doce años cuando terminé la primera parte. Y tengo que reconocer que para continuar de ningún modo tuve que hacer el esfuerzo que me había anunciado el profesor de literatura. Tal vez porque mi padre, que había sido educado desde la infancia en los ejercicios de la memoria, hacía alardes continuos de ella para nuestra satisfacción y jolgorio. Y aparte de la lista de los Reyes Godos, que recitaba con la entonación de un equipo de fútbol –un portero, dos defensas, tres medios y cinco delanteros, que así eran entonces– y las cuartetos de cada una de las provincias españolas con sus ciudades principales, algunas de las cuales todavía recuerdo (Navalcarnero, Buitrago/ Madrid, Chinchón, Colmenar/ Alcalá, El Pardo, Getafe/ San Martín y el Escorial), aparte de esos alardes y de muchos otros, el que más nos gustaba era el del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* cuya primera parte se sabía entera de memoria.

Pero mi padre, además de tener una memoria espectacular, sea porque se le había concedido ese don al nacer, sea porque, como él defendía, el ejercicio se la había multiplicado, exacerbado diría yo, era un conversador infatigable, imparable, que sacaba punta a todo lo que saliera en la conversación, para iniciar un debate, un diálogo, un simple cambio de impresiones, o una charla superficial llena de anécdotas que, apartándose del tema inicial, andaba y desandaba infinidad de derroteros tan intrincados que no se les veía el fin. Y, si, como en nuestro caso, no tenía contrincante y nadie respondía a su pregunta, se deshacía en una disquisición tan prolongada que acababa perdiéndonos a todos.

Pues bien, mientras mi padre recitaba y repetía y se entretenía en una u otra frase o párrafo para admirar el ritmo del lenguaje o el contenido de una aventura, yo me había detenido en cualquier punto y con la pequeña barrena de mi cerebro –por más que Ortega diga que *El Quijote* no es un libro de niños– intentaba entrar en el de Don Quijote o en el de Sancho para tomar partido o rebatir aquellas locuras a las que poco a poco me fui habituando y aprendí a contrastarlas y entenderlas, en definitiva, a disfrutarlas.

Tal vez a esas elementales meditaciones se deba que, cuando en clase nos obligaron a leerlo, yo tomé el libro con entusiasmo porque rara vez mi padre había pasado de la «brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros varios sucesos que en la venta le sucedieron» y tengo que reconocer que me empujaba una gran curiosidad conocer la próxima andanza y ver en qué paraban tantas aventuras.

Y ya en aquella primera lectura, o en las posteriores –la memoria es traicionera y sólo nos muestra lo que quiere y cuando quiere– fui advirtiendo poco a poco la cósmica soledad de Don Quijote, una soledad que tan pocas veces parecía importarle. Soledad frente al mundo, frente a los suyos, frente a Sancho, soledad, sobre todo, frente a la realidad real, por decirlo así, que aparecía sólo para desmentir la propiedad y pertinencia de sus afanes y la existencia de su propia e íntima realidad, la de su imaginación, la fabuladora, la creadora de sus mitos, posibles precisamente porque tenían su raíz en el profundo desprecio del orden y de las cosas de este bajo mundo.

Entre las muchas cosas que se han dicho de *Don Quijote de la Mancha*, ha tomado cuerpo la que afirma que la novela es una parodia y una burla de los libros de caballerías. Pero a mí, sin negarle esta faceta de ironía, humor y gracia, me parece advertir otra intención más velada pero cierta y claramente perceptible.

Don Quijote elige la marginalidad pero no apartándose de una situación o de un mundo, sino excediéndolos. Así lo comprendí entonces igual que años más tarde habría de reconocer esas ansias de marginalidad, ese anhelo superior de permanecer al margen de todo y de todos, en otros héroes literarios que sin embargo la alcanzaron no con el excelso ejercicio de la imaginación que deja atrás la realidad real, es decir la vida, sino mediante la rebelión, la pasividad e incluso la terquedad. Así actuaron el Bartleby de Melville, el Gregorio Samsa de Kafka. Así lo hicieron también todos los Ulises que en este mundo han sido, que buscaron otra forma de marginalidad, la aventura, y se lanzaron al conocimiento de otros mundos para no perecer en lo cotidiano, en la realidad, o tal vez para, lejos de convertirla en fantasía, hacer de ella el objetivo de la nostalgia y del deseo.

Y a medida que fui creciendo me confortó la existencia de todos estos héroes/antihéroes porque de ellos aprendí lo que era la verdadera soledad, cuánta razón tenían los que buscaban el ámbito de lo marginal y cómo de una manera confusa esa búsqueda y esa soledad acababan conformando todos nuestros mundos literarios.

En este idealista y patético Don Quijote y en sus aventuras, correrías, discursos y desesperanzas parece radicar además otra verdad fundamental: la única salvación está precisamente en la imaginación y en lo que ella crea, y sin embargo su reino nos está vedado, su reino es la ruina, el fracaso porque el poder reside en lo tangible. Y lo único que se nos permite, tal vez, es su búsqueda inútil, el inevitable camino a Itaca.

Don Quijote nos enseña, me enseña a mí por lo menos, que las demás búsquedas, las de orden técnico o físico como, se me ocurre, traspasar la barrera del sonido, llegar a la luna, saber si hay vida en Marte, y lo mismo en otros muchos órdenes de cosas, en medicina por ejemplo, o en química y tantas otras, la búsqueda y su logro actúan como una escalada imparables que no tiene fin, pero ninguna de ellas crea ese mundo real, irreal para muchos, ese mundo que llamamos de ficción donde se mueven la libertad, la emoción, el ingenio.

Y esto enlaza además con otro aspecto del *Quijote* que, a mi modo de ver, rezuma todo el texto: hasta qué punto ese anhelo de marginación, esa búsqueda lanza a *Don Quijote* en el seno de la más pura heterodoxia. En efecto, es heterodoxo, y por tanto no aceptable en razón, todo aquello que excede los límites de nuestro mundo o de nuestra moral o de nuestra forma de entender el hombre y la vida. En este caso, en el caso de *Don Quijote*, la llamamos locura y nos advierten los sabios una y otra vez que no hay que confundir la locura con la sensatez, la realidad con la irrealidad, la imaginación con la vida. Y sin embargo creo que la verdadera vida, la única realidad, está a caballo entre esos dos mundos y en la mayoría de los casos radica con mayor fuerza precisamente al otro lado del límite, es decir, en la locura. Una locura que casi siempre tiene que ver con el coraje.

Estoy convencida de que así quiso Cervantes mostrarnos a este loco cuerdo, tan cuerdo que con el ansia de deshacer agravios y enderezar entuertos, iba y venía de la realidad a la irrealidad, de la imaginación a la tierra, de la fantasía a los deseos, esperanzas y rencores por los que se mueven los humanos; así se movía en la vida, la verdadera vida.

Sin embargo, en esa amargura de la decepción, en el desvanecimiento de los castillos, los molinos, los odres, las estepas y los enemigos, frente al puchero que arde y apesta, está la diversión y la enseñanza, la ironía y el cuento, el entretenimiento, la fantasía y un pensamiento propio que se va elaborando a medida que avanza y se profundiza en la lectura. Y el lector queda prendido de la historia que se relata en esas páginas, que siguen siendo hoy el mejor exponente de lo que es la literatura, la confirmación de que no es posible la huída más que a través de ella y por ella, es decir, insisto, por la fantasía y la imaginación fabuladas que llenan las oquedades del mundo y nos permiten recrearlo, entenderlo, despreciarlo y amarlo hasta unos límites nunca alcanzados por las demás facultades del alma.

Distinción entre literatura y vida ¿dónde está? Si la literatura no es real ¿qué hacemos? Si distinguimos y separamos lo que es la vida de lo que es la literatura ¿qué

interés tiene la literatura para los que no somos investigadores o críticos? ¿Una mera forma de juntar palabras para redactar una ficción ajena a nuestra alma que nos permita ganarnos el pan? ¿o tal vez la manera de enseñar a nuestros lectores cuán lejos está la invención de la realidad, la imaginación de la vida, la locura de la sensatez para que no entren en los derroteros del extravío?

Alguien podría acusarme de hablar desde la más pura heterodoxia, pero si la literatura está tan desgajada de la vida, si no es la creación de otro universo tan real como el de las estrellas, tan cierto como el dolor, tan punzante, estridente y apasionante como el amor, el odio, la violencia, la venganza y la compasión, yo me pregunto: ¿qué estamos haciendo aquí todos nosotros durante un año entero, durante toda la vida, hablando y hablando del Caballero de la triste figura?

Se ha dicho que la literatura nos redime de la vida. Tal vez. Lo que sí es cierto es que sin ella naceríamos, viviríamos y moriríamos más condenados aún de lo que estamos, más esclavos aún de lo que somos.

Martes 17, Enero 2006. Diario de Ferrol.

Rosa Regàs pronunciará una conferencia el jueves en la Cátedra Jorge Juan

REDACCIÓN > FERROL

■ Rosa Regàs es uno de los nombres más importantes de la literatura española de los últimos cincuenta años. No sólo por sus libros, que la han hecho merecedora de reconocimientos como el Premio Nadal o el Planeta, sino también por su aportación al mundo editorial, al que se dedicó mucho antes que a la escritura, y por su compromiso con la cultura. Regàs es la cuarta conferenciante del actual ciclo de la Cátedra Jorge Juan y acudirá a Ferrol este jue-

ves para pronunciar la conferencia "El placer de la lectura en El Quijote".

Rosa Regàs (Barcelona, 1933) ocupa actualmente el puesto de directora general de la Biblioteca Nacional. Entró muy joven a trabajar en la Editorial Seix Barral y en 1970 decidió fundar su propia editorial, la Gaya Ciencia, en la que se dedicó durante 14 años a publicar obras de autores por entonces no muy conocidos, como Juan Benet, Álvaro Pombo, María Zambrano, Vázquez Montalbán o



Rosa Regàs

Javier Marías. Después, ella misma decidió comenzar a escribir. Con 50 años, cambió de rumbo y se convirtió en una autora de gran

Martes 17, Enero 2006. La Voz de Galicia.



Rosa Regàs hablará en la Cátedra Jorge Juan

Rosa Regàs, en la Cátedra Jorge Juan ■ La Cátedra Jorge Juan contará el jueves con la presencia de una invitada de lujo: la escritora Rosa Regàs, directora de la Biblioteca Nacional. La conferencia, con entrada libre, será, a las 19.30 horas, en el Aula Magna del Edificio de Servicios Generales de la Armada, un inmueble situado en el número 224 de la calle María. Y versará sobre *El placer de la lectura en El Quijote*. Para los estudiantes, la asistencia a esta conferencia computará, a efectos académicos, como un crédito de libre configuración.

Miércoles 18, Enero 2006. La Voz de Galicia.

CONFERENCIAS

Cátedra Jorge Juan ■ La Cátedra Jorge Juan reanudará su actividad después de las navidades. El próximo jueves 19 será la escritora Rosa Regás quien se suba a la palestra. El 16 de febrero será el turno del director del Museo de las Ciencias de Valencia Príncipe Felipe, Manuel Toharia. Y la siguiente intervención correrá a cargo de Claudio Alsina, catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Cataluña.

CÁTEDRA JORGE JUAN

Conferencia de Rosa Regás ■ Rosa Regás hablará mañana, a las 19,30 horas, en la Cátedra Jorge Juan, sobre *El placer de la lectura del Quijote*.